

Autor: Alberto Marticorena – letra, Institución Psicoanalítica

Título: Hablar del cuerpo. Un asunto de nombre

Dispositivo: Plenarios

El sentido del término cuerpo no es unívoco, pero siempre parece suponer una entidad, un objeto configurado por los actos que se realizan en los dichos. Se dice que “habla” y que “da que hablar”. Freud y sus pacientes histéricas hicieron la experiencia inaugural de un cuerpo que es dibujado por las palabras, subvirtiendo las limitaciones representacionales del espacio médico-cartesiano.

Imaginar un comienzo.

En el principio habrá habido organismo, sustancia viviente, proceso biológico, que se hace cuerpo desde que es afectado por el significante encarnado en el lenguaje, con las consecuencias que nosotros, psicoanalistas, extraemos como necesarias. En lo fundamental en este asunto, la imagen del cuerpo como significante en el campo del Otro, con lo que de hecho el hablante, primero hablado, se inscribe a la vez que se escinde. El “estadio del espejo” propuesto por J. Lacan formaliza este acontecimiento.

Podemos localizar en este tiempo originario lo que Freud denominara una intrincación, que no es una síntesis unificante, entre pulsión de vida y pulsión de muerte.

Al instaurarse un cuerpo, a la vez se funda la dimensión de la ex-sistencia, por lo que no hay cuerpo sin un real.

"Hay un real que ex-siste al falo: es el goce". (R S I, 11-mar-75).

Y en *Encore* (21-nov-72): "Pero el ser, es el goce del cuerpo como tal, es decir como a - pónganlo como ustedes quieran - como (a / a- / à) sexuado". Es decir: con la letra que escribe al objeto, o con la partícula privativa, o con la preposición que indica una dirección. El “cuerpo como tal”, a ser entendido como el que no recibe atributos, ni determinaciones o predicados.

En una mítica operación instituyente a partir del estado de indefensión se encuentran esas funciones del lugar del Otro, que distinguimos como el del significante y el del Otro sexo, el del goce sexual como imposible en su infinitud.

En *Encore* (21-nov-72): del Otro se dice "lugar del Otro, de un sexo como Otro, como Otro absoluto". A distinguir del Otro para el que está el deseo y lo inconciente estructurado, en el que un significante representa al sujeto.

Y con ellos, entre ellos, entre los dos, se va a insertar el aparato de la pulsión.

Podría situarse una serie de equivalencias: real / ex - sistencia / Otro absoluto / cuerpo "como tal" / a-sexuado / goce. Un resto, real anudado, que funciona solo, lo viviente-mortal, que es lo que hace falta en el registro imaginario-simbólico. Es desde este resto que resultamos afectados: lo traumático. La pretensión racional unificante de lo simbólico encuentra el límite en el que retorna su mismo punto de origen perdido, olvidado por el "enchapado" siempre inacabado que hace el significante.

El Falo "amonedado" (así como en un sistema económico el "valor" de la mercancía toma representación en la moneda para entrar en circulación) por la metáfora paterna separa de la infinitud de la demanda, evocada por la presencia del Otro, a la que de nada sirve prestar objetos.

El Falo "normaliza" el *plus-gozar*. El Complejo de Edipo (parricidio – incesto) hace el paso de la imposibilidad a la prohibición, y los objetos pulsionales parciales adquieren significación fálica en la economía del deseo.

Cuerpo-Objeto-Nombre.

Si opera la ley en su amonediamento normalizante, desde que el lenguaje lo sujeta y lo aliena el hablante está también sujetado y complicado en un menos de satisfacción; es su relación con el goce que como límite de lo imaginario se escribe con *-phi*. El goce fálico es la modalidad que puede tomar el goce sexual por conformarse a la castración. La diferencia sexual se definirá por la posición que toma este goce en la economía subjetiva. Se pretende todo y/o no-todo?

Con la articulación de goce sexual y deseo, desde el Otro, se determina el régimen del cuerpo, su imaginario, y el principio del placer del que está suspendido. Los órganos ya son instrumentos y medio que, hasta cierto límite en el que desfallecen, sostienen el trayecto en la perspectiva del goce a la que abre el deseo.

Por lo que el cuerpo resulta soporte del nombre, de una versión del nombre propio, de lo que nos nombra por el cifrado de las condiciones de deseo y goce. El nombre propio, que tiene su representante en el patronímico, localiza esa singularidad.

Como síntoma, como el modo que toma la vida sexual del neurótico, se va a situar entre el goce referido al ser, ahora a-sexuado, y la coerción del ordenamiento simbólico.

El situarse en el borde de la metáfora es razón para que el nombre propio, que pone al sujeto en el cruce de deseo y goce, "incomode" (moleste, violento) al neurótico, como lo expresa J. Lacan. 1) En parte porque marca e inaugura una deuda simbólica ("Cartas...", carta 101: "Debes una muerte a la naturaleza" como recuerda Freud); donde esta deuda es recusada, se deriva en alguna forma de *reacción terapéutica negativa* con la que marcamos un límite de nuestro campo en la dirección esperada de una cura, un límite sobre el cual avanzar. El "no retroceder en el deseo" es en esto un imperativo para el analista. 2) Y porque por ser inconciente y tener su precedencia en lo reprimido primario, se impone en una dimensión de extrañeza angustiante, respecto de la cercanía de un Otro inabarcable, irreductible a un saber. Es la razón por la que la angustia es lo que se sigue de encontrarnos reducidos a un cuerpo, que si bien estará ordenado sobre la imagen y fantasmáticamente en torno de las especies del a, no deja de evocar el lugar de la causa vacía, de la falta-en-ser, del agujero que es precisamente lo revestido por la superficie del cuerpo u obturado por los aes.

El cuerpo como *semblant*

En la "relación" social-sexual el cuerpo es objeto; en principio es el *pequeño otro* semejante, con quien en el lazo se podrá alcanzar una objetividad diferente, la del objeto pulsional, y la otredad de la causa. Hay un modo privilegiado de localizar el goce, que es el de la marca que soporta el cuerpo, delimitando objetos privilegiados. El mismo corte del objeto evoca un goce. Objeto que no necesariamente tiene su localización imaginaria en el cuerpo del otro o en el del sujeto, sino que como efecto de discurso se sitúa "entre" los dos, que tiene efectos en la unidad imaginaria del cuerpo y que alcanza un fuera-del-cuerpo.

La marca, la cicatriz en la superficie corporal, la herida, el golpe, la fractura, la lesión orgánica, de las que tenemos noticia por lo que se nos habla, se instalan recordando un "olvido" o una insuficiencia del corte simbólico. Frecuentemente nuestra clínica parece indicarlo. Violencia y atravesamiento de un límite, de una barrera que está implicada por la presencia de lo otro (podemos decir: lo real) que actualiza una

dimensión de lo in-accesible, de lo no dominado, de lo que la naturaleza no cede a la cultura.

El cuerpo tiene su lugar fantasmático como cuerpo del otro que simboliza al Otro y del que se aspira a gozar, y/o como cuerpo ofrecido pasivamente al goce de un Otro. En cualquier caso el cuerpo está parcializado, se toma a partir de zonas, por partes. Y el goce está referido a un fuera del cuerpo, a un objeto separado, perdido, a la inscripción de un límite. Goce del Otro tiene una nota sadiana, objetiva, activa para el sujeto, y otra extática, subjetiva, pasiva. Es el goce al que se tiene acceso en el marco de la sexualidad.

Son dos posiciones que parten del registro y la inscripción de la castración (muerte), que supone la perspectiva de una renuncia, de un límite a la satisfacción. Las operaciones sobre las consecuencias son las que hacen la diferencia: de dominio y rechazo de ese límite en un caso, de sumisión y consentimiento en el otro.

Es desde este "Más allá..." y desde la *pulsión de muerte* que Lacan puede abrir el camino al concepto de goce como relativo a un franqueamiento, como diferencia que acompaña al movimiento del deseo. Bajo la forma de un exceso, puede llegar a implicar un mal tanto para el sujeto como para el otro.

Para el cuerpo propio alienado para el Otro, se reserva una vía de retorno, la del goce fuera-del-cuerpo, por medio de los objetos parciales. Los *a* son tanto la vía de acceso que el sujeto tiene para con el Otro como el medio para que se diga "no es eso".

En suma, es con lo que hablamos.

Alberto G. Marticorena

letra Institución Psicoanalítica

Buenos Aires, mayo 2009